TAL PARA CUAL,

Ó

LAS MUGERES Y LOS HOMBRES.

TAL PARA CUAL,

ó

LAS MUGERES Y LOS HOMBRES.

COMEDIA ORIGINAL

EN VERSO Y EN UN ACTO:

POR DON MANUEL EDUARDO

DE GOROSTIZA.

MADRID 1820.

Imprenta de Repullés, *plazuela del Angel.*

713960

Y solo se engaña el sexo,
Que al otro piensa que engaña.

D. Juan, scena 18 y ultima.

AL EXCMO. SEÑOR MARQUES DE CAMARASA, &c. &c. &c.

Á tí, cuyo afecto jamas se ha desmentido, y cuya amistad pura y desinteresada supo resistir al tiempo, á las pasiones, á la ausencia; á tí, Joaquin mio, ofrezco esta pequeña comedia, no para que tu nombre la autorice, sino solo para que mi corazon agradecido pueda (aprovechándose de tan

grata coyuntura) *manifestarte públicamente que conoce el precio de tu amistad, y que la merece, pues lo conoce.*

Madrid 1º *de Diciembre de* 1819.

Manuel Eduardo
de Gorostiza.

PERSONAS.

La Baronesa, *sobrina de*
Doña Ines.
Doña Clara, *amiga de las dos.*
Don Nicasio, *oficial de infantería.*
Don Juan, *poeta, amigo de la Baronesa.*
Fermina.
Juana..... } *criadas de la Baronesa.*

La escena es en Madrid en casa de la Baronesa.

El Teatro representa una sala de dicha casa, elegantemente amueblada.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

La Baronesa y Fermina.

BARONESA.

¿Has visto en toda tu vida
muger mas desventurada
que yo?

FERMINA.

He visto infinitas,
que como usted se quejaban,
y con la misma razon.

BARONESA.

¡Es terrible mi desgracia!

FERMINA.

Pero señora...

BARONESA.

Despues
(como quien no dice nada)
de cuatro meses de ausencia,
¡volver ahora!

FERMINA.

Estravagancia
es por cierto.

BARONESA.

Y cabalmente
cuando por dicha empezaba
á consolarme.

FERMINA.

Trabajo
perdido.

RBC
NcU

BARONESA.

Pues ya se vé.
¡Mira tú si tengo causa
para sentir y llorar!

FERMINA.

Sí señora; y muy sobrada.
¡Cáspita! volver un novio,
á el que ya no se esperaba,
y con quien ya se tenia
muy cumplido con dos cartas
mas ó menos; digo, ¿es moco
de pabo?

BARONESA.

¡Qué desdichada
que soy!

FERMINA.

Vaya, quien no se ahorca
en iguales circunstancias,
no sabe amar.

BARONESA.

Es verdad.

FERMINA.

Pero al fin, si no os engaña,
y egecuta lo que escribe,
la desdicha nunca es tanta.

BARONESA.

¿Por qué?

FERMINA.

Porque solo debe
hacer noche en Madrid....

BARONESA.

Vaya;
¿te parece poco?

FERMINA.

Y luego
proseguirá su jornada
para Cádiz, donde el pobre,
segun nos dice, se embarca
con su division.....

BARONESA.

Pues eso
es lo peor.

FERMINA.

¿Lo peor?

BARONESA.

Muchacha,
pues no ves que si volviese
por alguna temporada,
entonces.... del mal el menos.

FERMINA.

Ya entiendo, entonces llenára
de nuevo su antiguo empleo.

BARONESA.

Sí, Fermina, y si le hallaba
tan fino y tan consecuente
como antes.... quizá premiára
con mi mano su cariño;
pero cuando solo pasa
por Madrid, es fuerte cosa

verse casi precisada
á tener que sostener
la nunca bien ponderada
tarea de una despedida,
de nuevos llantos, de santas
y repetidas protextas;
y sufrir, en fin, las ansias
que padecen los amantes
en situacion tan aciaga.

FERMINA.

Es verdad: no hay vomitivo
mas terrible que una marcha.

BARONESA.

¡Y para el otro mundo!

FERMINA.

¡Ay
señora de mis entrañas!
¿Y quien es el alma en pena?

BARONESA.

Don Nicasio, que se embarca
para América.

FERMINA.

Y si luego,
como otros muchos, se casa
por allá con una negra,
á fuerza de azúcar blanca,
os aseguro, señora,
que hace usted lo que se llama
un viage redondo.

BARONESA.

Mira,
casi, casi me alegrára.

FERMINA.

¿De veras?

BARONESA.

Sí, porque entonces
su conducta disculpaba
en nuestra separacion
la frialdad que siente el alma.
Pero no hay miedo. Nicasio
de tal modo me idolatra,
que aunque vaya y vuelva á Lima
diez veces, tendrá constancia.

FERMINA.

El paso del charco grande,
con todo, me da esperanza,
que no hay fuego que resista
á tanta humedad.

BARONESA.

Te engañas:
es mucho lo que me quiere.

FERMINA.

¿Qué lo prueba?

BARONESA.

Sus palabras.

FERMINA.

Las de un hombre son moneda
sin cordoncillo, y no pasa
para quien teme encontrarse
en vez de dinero pasta.

BARONESA.

Las suyas son verdaderas;
Fermina: una dilatada
experiencia me lo prueba.

FERMINA.

¿Pues cómo?

BARONESA.

En cinco semanas
que le conocí, jamas
me engañó.

FERMINA.

¡Jesus! ¡qué rara
probidad para estos tiempos!

BARONESA.

Jamas faltó una mañana
á mi tocador, jamas
en el salon se paseaba,
y sí al lado de los coches:
y jamas por fin dejaba,
aunque lloviesen venablos,

de ir á las once á la casa
donde iba yo de tertulia,
y donde el pobre se estaba
haciéndome cucamonas
hasta las doce bien dadas.

FERMINA.

Pues dígole á usted, Señora,
que son méritos.

BARONESA.

Y raras
sus prendas.

FERMINA.

Y usted, supongo,
que admirando su constancia,
de igual modo pagaria
su afecto.

BARONESA.

Yo.... no le amaba.

FERMINA.

¿No le amabais?

BARONESA.

No por cierto.

FERMINA.

Me gusta una muger franca.

BARONESA.

¿Qué quieres? siempre he tenido
la fatalidad extraña
de no querer á ninguno.

FERMINA.

¡Válgate Dios, y qué malas
lenguas! ¡pues no se asegura
por el mundo que usted ama
á todos!

BARONESA.

¡Jesus, qué embuste!
Mira, muger, cuando estaba
en la casa de mis padres,
mi cariño se cifraba
en muñecas, chucherías,
y como niña, en niñadas.

...

Llegó la hora de casarme,
y sin consultarme en nada,
me dieron un novio rico,
viejo, enfadoso y con asma.
Ya ves tú, si yo podia
quererle? Despues hallaba
á la moda en favor mio,
porque entonces no se usaba
querer á marido viejo.

FERMINA.

Es moda que nunca pasa.

BARONESA.

Enviudé, como era justo;
y jóven, rica, agraciada,
¿en quién puedo yo emplear
mi afecto con mas ganancia
que en mí misma?

FERMINA.

Ya se vé.

BARONESA.

Así es facil te persuadas,
que hasta el tiempo me ha faltado

para lo demas.

FERMINA.

Si falta
el tiempo, la culpa es suya,
Mas si no es de amor la llama,
¿qué es pues lo que usted sentia
por Don Nicasio de Vargas?

BARONESA.

Es puro agradecimiento.

FERMINA.

Y es la virtud de las faldas.

BARONESA.

Tienes razon. Las mugeres
cuando se ven adoradas,
por fuerza tienen al cabo
que agradecer.

FERMINA.

Y no escapan
con todo de que las llamen
cocodrilos y tiranas.

BARONESA.

Mal hecho. Si un hombre muere
de amor, y su muerte arranca
dos lágrimas á su amante,
no debe quejarse.

FERMINA.

Y gana
en el cambio. ¡Ah! ¿sabe usted
lo que digo?

BARONESA.

¿Qué?

FERMINA.

Que es lástima
no se muera Don Nicasio
en vez de irse á la otra banda.

BARONESA.

¿Y por qué?

FERMINA.

Porque su muerte
fuera por usted llorada.

BARONESA.

La ausencia es muerte de amor.

FERMINA.

Segun eso, usted prepara
para cuando llegue el pobre,
la cantidad necesaria
de lágrimas y suspiros.

BARONESA.

Ya la tengo preparada;
y desde hoy me verás
llorosa y desconsolada
hasta que se vaya el hombre.

FERMINA.

Si no llega hasta mañana
¿á qué pues tal madrugar?

BARONESA.

Como el pobrecito me ama tanto, no es mucho que yo sienta dos dias su marcha.

FERMINA.

Eso se llama ser justa.

BARONESA.

Asi, cierra esas ventanas y pon la luz de tal modo que se noten bien mis gracias.

FERMINA.

Voi por la luz.... ya está aqui.

BARONESA.

Sube un poco la pantalla.

FERMINA.

¿Así?

BARONESA.

Un poco mas.... la sombra
debe de dar á mi cara
ciertos rasgos de tristeza.
Dime, ¿encuentras elegancia
en mi postura?

FERMINA.

Bastante
cuando esté mas inclinada
vuestra cabeza.

BARONESA.

¿Estoi bien?

FERMINA.

Divinamente.

BARONESA.

Pues marcha,
y traeme algun libro.

FERMINA.

¿Cuál?

BARONESA.

Traeme un tomo de la Clara.

ESCENA II.

LA BARONESA SOLA.

Para una muger los libros
en algunas circunstancias
son muebles tan necesarios
como el abanico. Varias
conozco yo que no saben
leer, y son literatas
solamente porque envuelven
en la Crónica sus mangas
de tul.

ESCENA III.

FERMINA Y DICHA.

FERMINA.

No encontré á Clarisa,
por mas que pude buscarla;
y en su lugar he traido
la historia de Sancho Panza.

BARONESA.

Para estar sobre el sofá,
bueno es cualquiera.

FERMINA.

Ahora falta
venga visita que pueda
compadecer vuestra amarga
situacion.

BARONESA.

Temo con todo
no conozcan mi estudiada
sensibilidad.

FERMINA.

Si usted
se viese muy apurada,
traiga pronto á la memoria
los enemigos del alma,
que son para una muger
suegra, marido, y cuñada,
y verá cuál se le oprime
el corazon.

ESCENA IV.

Juana y dichas.

JUANA.

Doña Clara
de Mendoza.

BARONESA.

¡Qué fastidio!
Otra cosa no faltaba
para aburrirme.

JUANA.

¿La digo
que está usted fuera de casa?

BARONESA.

Ahora tendremos dos horas
de secretos y confianzas,
y misterios, y tapujos,
sobre cualquier mojiganga,
sin mas interés ni objeto
á la verdad que matarlas.

JUANA.

Al fin ¿qué la digo?

BARONESA.

Dila
que pase adelante.

ESCENA V.

DICHAS, MENOS JUANA.

BARONESA.

¿Cuántas
veces al cabo del año
te parece que esta dama
me visita?

FERMINA.

¿Cuántas?

BARONESA.

Dos
á lo mas; pero me cansa
tanto en ellas, que te juro

que bien pudiera escusarlas.

FERMINA.

¿Quién es ella?

BARONESA.

Una inocente,
con su punta de avisada,
con gran gana de casarse,
y con pocas esperanzas.
Vive en casa de un tio suyo
que fue sacristan en Parla,
y es ahora, no se qué cosa,
de la Rota. Varios hallan
en ella cierta belleza;
pero á mí hablándote en plata,
me parece tonta y fea.

FERMINA.

Si es muger, nada me extraña.

BARONESA.

Hace seis meses que vino
la última vez, y.... mas calla,
que ya está aquí.... Dios me dé
paciencia para aguantarla.

ESCENA VI.

Doña Clara, y dichas.

Doña Clara.

Á Dios, Baronesa mia.

Baronesa.

Jesus, amiga, ¡y qué cara
se vende usted!

Doña Clara.

¡Ay señora!
en este mundo no faltan
á nadie sus quebraderos
de cabeza.

Baronesa.

Mas no se halla
disculpa tan fácilmente
á quien deja asi olvidadas
tanto tiempo á sus amigas.

DOÑA CLARA.

Ya sé yo que usted me trata como tal.

BARONESA.

Soy mas que amiga; pues soy vuestra apasionada.

FERMINA.

¡Cómo miente mi señora! *Ap.* Viva la buena crianza.

DOÑA CLARA.

Sepa usted que vengo muerta.

BARONESA.

Pues ¿qué es lo que á usted le pasa?

DOÑA CLARA.

Que tuve el mal pensamiento de ir en casa de la Paula, mi prima....

BARONESA.

¡Ola! ¿y cómo está
doña Paulita?

DOÑA CLARA.

Entregada
al mas profundo dolor.

FERMINA.

¿Qué dice usted?

DOÑA CLARA.

Que su casa
parece.....

BARONESA.

¡Ay Dios! ¡Qué precioso
ridículo!

DOÑA CLARA.

Desde Francia
lo enviaron.

BARONESA.

Ya dige yo
que no era dije de España.
¿Y fué caro?

DOÑA CLARA.

Quince duros.

BARONESA.

No vi cosa mas barata.
¿Con que la pobre primita
está tan desconsolada?
¿eh?

DOÑA CLARA.

Calle usted, señora,
por Dios. Despues que pasa
una su vida entre penas,
que cual propias acibáran
todos sus gustos, tener
que sufrir de las estrañas
¿no es terrible?

BARONESA.

Ciertamente.
¿Es de abalorio la banda
que adorna vuestra cabeza?

DOÑA CLARA.

No tal, que son perlas falsas.
Pues, como digo, la pobre
está hecha un mar de lágrimas
con la pérdida que anoche
sufrió.

BARONESA.

No sé una palabra.
¿Y qué fué?

DOÑA CLARA.

Que se murió....

BARONESA.

¿Quién, su esposo?

...

DOÑA CLARA.

La Sultana.

BARONESA.

¿Aquella doguita negra?

DOÑA CLARA.

Sí señora.

BARONESA.

¡Qué desgracia!
¡cómo estará la infeliz!

DOÑA CLARA.

Figúrese usted.

BARONESA.

¿Y la causa
se sabe de este quebranto?

DOÑA CLARA.

Descuidos de una criada:

la atracaron de garbanzos.

BARONESA.

Por eso les tengo tanta
tema: mas dejando á un lado
materia tan poco grata,
¿dígame usted, si será
nuestra esta noche?

DOÑA CLARA.

Sí, amada
amiga; traigo labor
por eso.

BARONESA.

Siempre ocupada,
¿no es verdad?

DOÑA CLARA.

Siempre. No sé
estarme nunca cruzadas
las manos.

BARONESA.

¿Y qué hace usted?

DOÑA CLARA.

Frivolité.

BARONESA.

No me cansa
aquesta labor jamas.

DOÑA CLARA.

Ni á ninguna.

BARONESA.

Si educada
está como debe. Arrima *á Fermina.*
ese velador, muchacha,
que yo tambien quiero hacer
frivolité.

DOÑA CLARA.

Muchas gracias.

ESCENA VII.

JUANA Y DICHAS.

JUANA.

Vuestra tia doña Ines
en este momento acaba
de apearse.

BARONESA.

Y dime, ¿por qué
no entra?

JUANA.

Porque está empeñada
en que cante la cachucha
el Loro de la antesala,
y Periquito no quiere.

DOÑA CLARA.

¿Y acostumbran á ser largas
sus visitas?

BARONESA.

Suele estar
hasta las once.

DOÑA CLARA.

¡Qué infausta
noticia!

BARONESA.

¿Por qué, señora?

DOÑA CLARA.

Es que yo necesitaba
quedar con usted á solas
un rato.

BARONESA.

Alguna confianza,
¿no es verdad?

DOÑA CLARA.

Cierto.

BARONESA.

¿Urge
mucho?

DOÑA CLARA.

Mucho.

BARONESA.

¿Y breve?

DOÑA CLARA.

Se despacha
en un santi-amen.

BARONESA.

Pues id
vosotras, y con gran maña
entretened á mi tia
algunos minutos.

FERMINA.

Basta:
le hablaré de sus difuntos,

JUANA.

Y yo de la hipecacuana,

que en lugar de chocolate
toma todas las mañanas.

ESCENA VIII.

La Baronesa y Doña Clara.

Doña Clara.

Cuantas gracias.....

Baronesa.

No perdamos,
amiga, el tiempo: se trata
de aprovecharlo. Ademas
no sé quién deba las gracias
mejor, si aquella que escucha
lo que ignora, ó bien la que habla.

Doña Clara.

Voy pues al grano. Mi tio
ha empeñado su palabra,
y quiere casarme luego
con un ricacho de Arganda.

Baronesa.

¿Discreto?

DOÑA CLARA.

Como un hidalgo.

BARONESA.

¿Y jóven?

DOÑA CLARA.

No, mas no gasta
otro alifafe que gota.

BARONESA.

Entonces no encuentro nada
que deba asustaros.

DOÑA CLARA.

Sí;
pero es el caso que me hallo
comprometida.

BARONESA.

¿Pues cómo?

DOÑA CLARA.

En la cuaresma pasada
ibamos varias amigas
en casa de mi cuñada
á jugar al escondite.....

BARONESA.

Como entonces no se baila,
algo se ha de hacer.

DOÑA CLARA.

Allí
conocí por mi desgracia
un oficial tan galan,
tan discreto, con tal labia,
que en verdad me enamoró:
él tambien manifestaba
quererme, y.....

BARONESA.

Lo dió á entender
primero con sus miradas,
luego con sus apretones
de manos, ó sus pisadas,
Y al cabo finalizó

por donde antes se empezaba
y fue por hablar, ¿no es esta
la historia?

DOÑA CLARA.

Sí amiga.

BARONESA.

Vaya
pues no tiene novedad,
que á todas lo propio pasa.
¿Y despues?

DOÑA CLARA.

Despues se fue
á su regimiento.

BARONESA.

¿Y tanta
dificultad os parece
quien ausente ignora, ó calla?

DOÑA CLARA.

Es que vuelve.

BARONESA.

Eso es muy malo.

DOÑA CLARA.

Y como llega mañana
sin falta, no tengo tiempo
ni aun para....

BARONESA.

¿Cómo se llama
ese oficial?

DOÑA CLARA.

¡Ay amiga!
aunque no soy reservada,
perdone usted....

BARONESA.

Ya vé usted,
que á mí no me importa nada,
y que no es curiosidad.

DOÑA CLARA.

Por supuesto.

BARONESA.

A nadie agradan
secretos agenos.

DOÑA CLARA.

Cierto.

BARONESA.

Y.... en fin, ¿quién es?

DOÑA CLARA.

Dí palabra
de no decirlo, y asi solo
quisiera me aconsejara
usted lo que debo hacer
en una tan delicada
posicion.

BARONESA.

Toma, casarse.

DOÑA CLARA.

¿Con quién?

BARONESA.

Con quien usted ama
si es que este quiere, y sino
con el primero que salga.

DOÑA INES, *dentro.*

¿Baronesa?

BARONESA.

¡Ay Dios! mi tia.

DOÑA CLARA.

Pero ¿y si soy desgraciada
con quien no quiero?

BARONESA.

Eso es ya
pedir al golfo manzanas.
Las mugeres tienen solo
este ascenso, y si reparan

en leves dificultades;
otra menos remilgada
llega cuando no se espera
y se queda con la plaza.

ESCENA IX.

Doña Inés, y dichas.

Doña Inés.

¡Jesus, sobrina! tu loro
tiene poquísima gracia.
¡No se encuentra uno en el dia
que divierta!

Baronesa.

Pues bien se hallan
papagayos sin embargo.

Doña Inés.

Sí, pero son muy machacas.
¿Usted aqui, señorita?
Cuánto gusto. . . .

Doña Clara.

Acompañaba

á la baronesa, y. . . .

BARONESA. *A doña Inés.*

¡Qué!
¿Conoceis á doña Clara?

DOÑA INES.

Pues si somos muy amigas
desde las ferias pasadas.

DOÑA CLARA.

Allí nos vimos dos veces.

DOÑA INES.

Y quedó tan cimentada
la amistad, que. . . .

BARONESA.

Vaya, tía,
¡qué petimetra y qué guapa
viene usted!

DOÑA INES.

Como que estoy

de boda.

BARONESA.

¿Pues quién se casa?

DOÑA INES.

Una servidora tuya.

BARONESA.

¿Usted?

DOÑA INES.

Yo.

BARONESA.

¿Y cuándo?

DOÑA INES.

Mañana.

BARONESA.

¿Es negocio concluido?

DOÑA INES.

Sí, sobrina, solo falta
que el novio quiera.

BARONESA.

¡Pues no
es cosa de gran importancia
lo que falta!

DOÑA INES.

Ya se ve.
Mas querrá.

BARONESA.

Mucha confianza
tiene usted.

DOÑA INES.

Es que conozco
lo que él en casarse gana,
y no le juzgo tan necio
que no estime su ventaja
como yo la estimo: ademas
me tiene el pobre ya dadas

tantas pruebas de su afecto,
que la menor desconfianza
fuera injusta.

BARONESA.

¿Será acaso
aquel portugués de marras
pretendiente á todo empleo,
y que entre tanto cuidaba
no ha mucho de vuestros parches
eternos de tacamaca?

DOÑA INES.

No es ese, que se murió
de un hartazgo por la Pascua.

BARONESA.

¿Quién es luego?

DOÑA INES.

Un caballero
militar, de una gallarda
presencia, de fino trato,
sin mas renta que su espada,
y con un grande deseo,
segun pienso, de embainarla.

BARONESA.

Sin embargo, á vuestra edad
hay algo de estravagancia. . . .

DOÑA INES.

No hay edad para casarse
cuando una se encuentra sana
y robusta.

BARONESA

El matrimonio
tiene ademas tantas trabas. . . .

DOÑA INES.

¡Ay amiga, cada cual
de la feria en que se halló habla
conforme en ella le fue;
y como estuve casada
dos veces, y siempre he sido
sumamente afortunada,
no es estraño que á tal lazo
quedára yo aficionada.

BARONESA.

Cierto.

DOÑA INES.

Mi primer marido
fue un vecino de la Habana,
con quien casé por poderes.

BARONESA.

¿Y era hombre de buena pasta?

DOÑA INES.

Sí lo era, mas falleció
antes de llegar á España.

BARONESA.

Entonces no es maravilla
que el pobre no os molestára.

DOÑA INES.

Pues menos me molestó
el otro, que de Dios haya,
con quien no tuve en diez años

una palabra mas alta
que otra; verdad es que fue
sordo y mudo.

BARONESA.

¡Cosa estraña!

DOÑA INES.

Así en cuanto llegue el novio
le ofrezco mi mano blanca,
y. . . .

BARONESA.

¡Ola! ¿Tambien está fuera?

DOÑA INES.

Mañana llega.

BARONESA.

¡Mañana!

DOÑA INES.

¿Qué te admira?

BARONESA.

Nada, tia;
pero es cosa estraordinaria
que tres mugeres encuentren
en un dia lo que otras tardan
muchos años en hallar.

DOÑA INES.

No te entiendo.

BARONESA.

Me esplicára
si no fuera por. . . .

ESCENA X.

DON JUAN Y DICHAS.

DON JUAN.

Señoras,
á vuestros pies.

BARONESA.

¡Vírgen santa!

¿Usted por aqui, don Juan?
Yo juzgué que usted ya estaba
hace mucho tiempo muerto.

DON JUAN.

La caliginosa parca,
con efecto, amiga mia,
levantando su guadaña,
quiso darme, aunque en amago,
unas sendas cuchilladas.

BARONESA.

¿Y qué quiere usted decir
con metáforas tan raras?

DON JUAN.

Que he tenido un gran catarro
en la semana pasada,
y que no pude por eso
disfrutar de vuestra grata
y apreciable compañía.

BARONESA.

Esas son disculpas vanas.

DON JUAN.

¿Disculpas?

BARONESA.

Sí, amigo mio;
los hombres cuando se cansan
al instante se resfrian.

DON JUAN.

Testigos de ello estas cuantas
pastillas de malvavisco,
que se ofrecen á las plantas
de ustedes, y que sobraron
del cuarteron que por mi ama
de gobierno se compró
para endulzar mi garganta.

BARONESA.

¿Y quién resiste á tan dulce
conviccion? Justificada
queda, pues, tan larga ausencia,
y en prueba de mi confianza,
quiero conozcan á usted
mis amigas.

DON JUAN.

Muchas gracias.

BARONESA.

Señoras, presento á ustedes
el poeta mejor de España.

DOÑA INES.

¡Ola, un poeta!

DOÑA CLARA.

¡Jesus, poeta!

BARONESA.

Y tocador de guitarra,
bailarin y enamorado
de profesion.

DOÑA CLARA.

Vaya, vaya,
cuántas cosas.

DON JUAN.

No merezco
semejantes alabanzas,
y es todo pura bondad
de la Baronesa.

BARONESA.

¡Calla!
¿Con que es bondad? Pues don Juan,
si no me engaña la fama,
¿no fue usted quien escribió
la historia de las cruzadas
en seguidillas?

DON JUAN.

Con todas
las licencias necesarias.

BARONESA.

¿Y no fue usted quien tradujo
las obras mas afamadas
del griego, sin saber griego?

DON JUAN.

Sí fuí.

BARONESA.

¿Y queda en la cara
de todas las amarilis
de vuestro barrio, una mancha,
peca, faccion ó lunar
que no fuera celebrada
por vuestra lira en sonetos,
en sextillos ó en octavas?

DON JUAN.

Verdad es.

BARONESA.

Pues bien, entonces,
¿por que se oculta y disfraza
vuesto ingenio?

DON JUAN.

Por modestia.

BARONESA.

¡Por modestia! ¡qué antigualla!

DOÑA CLARA.

¿Segun eso hace usted coplas
como si bebiese orchata?

DON JUAN.

Lo mismo.

DOÑA CLARA.

¿Y siempre de amor?

DON JUAN.

Sin amor todas son malas.

DOÑA CLARA.

¿Querrá usted mucho?

DON JUAN.

Lo sé
aparentar, y esto basta,

en verso.

BARONESA.

Tambien en prosa.

DOÑA INES.

Fueran mejor espresadas
vuestas ansias, sin embargo,
cuando las sintiese el alma.

DON JUAN.

Escuche usted, por su vida,
lo que en tales circunstancias
cierto aprendiz de poeta
dió por respuesta á una dama.

"*SONETO.*

»Lozana, pura, alegre, desdeñosa,
»Y con fragante olor, con tez lucida,
»Suele á veces brillar envanecida,
»En ameno jardin, purpurea rosa.
»Dedícala, Damon, por ser hermosa,
»Su afanoso penar, su fé cumplida,
»Y por cuidar tan cara flor, descuida
»El púdico clavel, la lis graciosa. (res
»Mas; ¡ay! pronto, Damon, quedó sin flo-

»Que el tiempo marchitó la rosa vana,
»Y á las otras su mísera fortuna.
»Ejemplo tal dirije mis amores;
»Sirvo á la triste y sirvo á la lozana,
»Y á todas quiero bien, mucho á ninguna.

BARONESA.

Ese soneto es muy bueno,
y en verdad mucho me agrada;
porque al cabo el gran principio
de vuestro sexo proclama.

DON JUAN.

¿Y cual es?

BARONESA.

La veleidad.

DON JUAN.

Baronesa, usted se engaña;
querer una despues de otra
puede llamarse inconstancia,
mas querer á todas juntas,
es al contrario extremada
aficion al bello sexo,
y ciertamente no agravia

las mugeres quien encuentra
en todas mérito y gracia.

BARONESA.

Quien quiere á todas, no quiere
á ninguna.

DON JUAN.

Si usted saca
esa consecuencia, yo
deduciré la contraria;
que el que á ninguna prefiere
es porque á todas las ama.

BARONESA.

Valiente sofisteria.

DOÑA INES.

Jueguecillo de palabras.

DON JUAN.

Será como ustedes quieran,
pero esta doctrina errada
ó cierta, es la del autor
del soneto, y sin que valga

para qué ustedes se enfaden
tambien es la mia.

BARONESA.

Me encanta
tamaña sinceridad.

DOÑA INES.

Lira tan acomodada
como la vuestra, sin duda,
á cada instante se inflama?

DON JUAN.

Sí señora, y no hay muger
quizá en Madrid que no la haya
inspirado.

DOÑA INES.

¿Inclusa yo?

DON JUAN.

Aunque parezca jactancia
dos epitafios me cuesta
usted.

. . .

DOÑA INES.

Muchísimas gracias,
pero aun me siento muy buena.

BARONESA.

Don Juan en ellos hablaba
sin duda de los difuntos.

DON JUAN.

¿De quién quiere usted que hablára?

DOÑA INES.

Pues amigo, ya que usted
se ocupa de mis desgracias,
debe tambien celebrar
mis venturas.

BARONESA.

Apostára
una oreja á que mi tia
quisiera que celebrára
usted en verso su nueva
boda.

DOÑA INES.

Y muy bien que apostabas,
porque ese es mi pensamiento.

DON JUAN.

Desde luego.... pero vaya.
¿Y qué cosa?

DOÑA INES.

Cualquier cosa
verbi gratia, una cantata,

DOÑA CLARA.

No, no: un himno al amor
será mejor.

BARONESA.

¡Qué bobada!
no vale mas que Don Juan
componga á las circunstancias
algun sainete.....

DON JUAN.

¡Sainete!

BARONESA.

O sino algun melodrama,
que si he de decir verdad,
en mí igual efecto causa.

DON JUAN.

Con todo siempre es mas noble.

BARONESA.

No me meto en su prosapia;
pero digo, que una escena
alegórica, simpática,
y que pudiera en familia
representarse, llevára
en objeto y diversion
á lo demas gran ventaja.

DOÑA INES.

Dices bien.

DOÑA CLARA.

¡Sublime idea!

DON JUAN.

Y fácil de realizarla.

BARONESA.

¿Cómo?

DON JUAN.

Porque cabalmente
tengo ya casi acabada
para igual caso una loa.

DOÑA INES.

Se casará alguna dama
amiga vuestra, y.....

DON JUAN.

No tal,
ninguna amiga se casa,
mas puede muy bien casarse,
y aquel que madruga, mata
primero.

BARONESA.

Sí, sí, bien hayan
las personas prevenidas.

DOÑA INES.

Y dígame usted ¿le falta
mucho?

DON JUAN.

Media docena
de versos.

DOÑA CLARA.

¿Y es cosa larga?

DON JUAN.

Puede durar hora y media.

DOÑA INES.

Si quisiera recitarla
el Señor Don Juan.....

DON JUAN.

No tengo
inconveniente.

BARONESA.

Usted desbarra,
no Señora, ni por pienso,
lo que importa es que se vaya
Don Juan á mi gabinete,
y acabe allí en dos plumadas
su composición.

DOÑA INES.

¿Pues qué
se ha de aprender?

BARONESA.

Y ensayada
ha de quedar esta noche
para decirse mañana.

DOÑA CLARA.

Bravísimo, Baronesa.

DOÑA INES.

Que cosas tienes, muchacha,
no ves que este caballero....

BARONESA.

Don Juan tiene tanta gana
como nosotras, y asi
dejemos pues pataratas,
y manos á la obra.

DOÑA INES.

Y usted
¿qué dice?

DON JUAN.

Que desairada
no puede quedar jamas
quien con tanta gracia manda.

BARONESA.

¿Muchacha?

JUANA.

Señora. *desde dentro.*

BARONESA.

Luz
al boudoir.

DOÑA INES.

Yo deseara
conocer el argumento,
sino tiene repugnancia
en decirlo.

DON JUAN.

¿Por qué no?
Es la famosa manzana
de la discordia, es el juicio
de Páris.

DOÑA INES.

Mucho me agrada.

DOÑA CLARA.

¡Ay Dios! ¿y quien será Venus?

DON JUAN.

La novia.

DOÑA CLARA.

¡La novia!

BARONESA.

¡Calla¡
¡Mi tia! Jesus, que risa.

DOÑA INES.

Pues asi se me llamaba
cuarenta y tres años hace
en Madrid.

BARONESA.

¡Belleza rancia
en verdad! y mi papel
¿cuál será entonces?

DON JUAN.

La sabia
Minerva: usted será Juno, *á Doña Clara.*

y si otro no me reemplaza
yo seré Páris.

DOÑA INES.

No, no;
usted hará en esta farsa
el papel de apuntador,
que mi futuro se encarga
del de Páris.

BARONESA.

Y si acaso
no quiere, llega sin falta
mañana quien puede hacerlo.

DOÑA CLARA.

Ya se vé que llega.

DOÑA INES.

Nada
me importa: con tal que tenga
una figura gallarda;
que en tal caso la ilusion
es lo primero.

ESCENA XI.

JUANA Y DICHOS.

JUANA.

¿Mandaba
usted que trajese luz?

BARONESA.

Sí lo mandaba, acompaña
con ella al Señor Don Juan
hasta el bondoir.

DON JUAN.

No tarda
mi zelo en obedeceros
diez minutos.

ESCENA XII.

FERMINA Y DICHOS.

FERMINA.

Dos palabras *á la Baronesa.*
tengo que decir á usted
en secreto.

BARONESA.

¿No reparas
que estoi con estas señoras?

DOÑA INES.

Vaya muger, no faltaba
otra cosa: con nosotras
aun cuando estés en tu casa,
tienes siempre muy cumplido.

DOÑA CLARA.

Eso es no tener confianza.

BARONESA.

Pues con permiso de ustedes.

DOÑA INES.

¿Ha visto usted qué criada *bajo á Do-*
tan bachillera? *ña Clara.*

DOÑA CLARA.

La culpa *bajo á Do-*
tiene quien la dá las alas. *ña Ines.*

DOÑA INES.

Siempre tuvo este defecto mi sobrina. *bajo á Doña Clara.*

BARONESA.

Despacha por Dios, que temo, Fermina, la tijera de esas Damas. *bajo á Fermina.*

FERMINA.

Sepa usted que un caballero que segun dice se llama Don Nicasio, quiere hablar con usted. *bajo á la Baronesa*

BARONESA.

¡Ay Vírgen Santa! ¡Tan pronto! *bajo á Fermina.*

FERMINA.

Dice que quiso sorprenderos. *bajo á la Baronesa.*

BARONESA.

Pues mal haya su sorpresa, que me coge de tal suerte descuidada. ¿Y cómo haré para verle á solas? *Bajo á Fermina.*

FERMINA.

¡Linda cachaza! Finja usted un patatús. *Bajo á la Baronesa.*

BARONESA.

Ese yo lo reservaba para cuando llegue el caso de la entrevista. *Bajo á Fermina.*

FERMINA.

Ahora salga usted del apuro, y luego válgase usted de otras armas. *Bajo á la Baronesa.*

BARONESA. *Bajo á Fermina.*

Si no hay otro remedio, sea todo por Dios. ¡Dios me valga! *Finge desmayarse.*

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?

DOÑA INES.

¿Qué te sucede, sobrina?

FERMINA.

¡Ay, que se desmaya mi señora!

DOÑA INES.

¡Pobrecita!
¿Y qué la dijiste?

FERMINA.

Nada
que merezca desmayarse.

DOÑA INES.

Pues ¿qué será?

DON JUAN.

Traigan agua
y vinagre.

JUANA.

Voy por ello.

FERMINA.

No, no; que ya se le pasa.

DOÑA CLARA.

¿Será istérico?

FERMINA.

No tal,
Sino que es tan delicada
de nervios, que cualquier cosa
los alborota, y los. . . . ¿gastan
ustedes agua de olor?

DOÑA CLARA.

Yo, colonia.

. . .

DOÑA INES.

Yo, labanda.

FERMINA.

Pues entonces son ustedes
de su desmayo la causa.

DOÑA CLARA.

¿Nosotras?

DOÑA INES.

¿Dinos en qué?

FERMINA.

Si los olores la matan.

DOÑA CLARA.

No lo sabia.

DOÑA INES.

¿Y qué haremos?

FERMINA.

Si mi consejo tomáran
ustedes, se fueran todos
del cuarto; yo las ventanas
abriera, y el aire libre,
sin duda, la mejorára.

DOÑA INES.

Dice bien, vámonos pronto
al boudoir, y si trabaja
el señor don Juan, nosotras
jugaremos á las damas
entretanto.

DOÑA CLARA.

Vamos pronto.

DON JUAN.

Como usted guste.

DOÑA INES.

Muchacha, *A Fermina.*
cuidado con mi sobrina.

DOÑA CLARA.

Su situacion me traspasa.

DOÑA INES.

¡Qué dolor! no ví en mi vida semejante mogiganga. *Ap. á doña Clara.*

ESCENA XIII.

LA BARONESA Y FERMINA.

BARONESA.

¿Lo habrán conocido?

FERMINA.

Sí.

BARONESA.

Pues si la tragan y callan,
nada importa se aperciban,
que es píldora lo que tragan.
Vete ahora, Fermina, y dile
que venga.

FERMINA.

De buena gana,
porque estará el pobrecito
como todo aquel que aguarda.

ESCENA XIV.

LA BARONESA SOLA.

¿Cómo le recibiré?
Las lágrimas son tan falsas,
que casi, casi es un cargo
de conciencia el emplearlas.
Los suspiros tan comunes,
que ya nada se adelanta
con ellos, y en fin los gritos
de gente solo ordinaria.
Bien sabe Dios que no sé
lo que debo hacer: bien hayan
las congojas, pues con ellas
se sale del paso. Vaya,
será fuerza sollozar,
que al fin y al cabo se embarca,
y me deja, y... ¡pobrecito!
su desdicha me quebranta
el corazon.... ¡estará
desesperado!

ESCENA XV.

La Baronesa y Don Nicasio.

DON NICASIO.

¡Caramba! *Ap.*
¡Y qué guapa es la doncella!
si me acuerdo, cuando salga,
le he de decir cuatro cosas
bien dichas.

BARONESA.

Finjamos, alma, *Ap.*
pues ya está aquí.

DON NICASIO.

¡Qué silencio! *Ap.*
¡Qué luz tan triste y opaca!
¡Ay, Nicasio, y qué mal rato,
si no me engaño, te aguarda!
escena sentimental
tenemos.

BARONESA.

Tiene grabada *Ap.*
en su cara la tristeza.

DON NICASIO.

Pero ello es fuerza aguantarla,
porque el tiempo urge, y yo debo
zafarme y desengañarla.

BARONESA.

¡Ay, Nicasio!

DON NICASIO.

¡Ay, dueño mio!

BARONESA.

¡Este golpe reservaba
la suerte á mi pecho amante!

DON NICASIO.

El dolor mi voz embarga,
y no sé qué responderte.

BARONESA.

¡Si siquiera en tal desgracia
pudiera yo en tu firmeza
tener alguna confianza....!

Entonces del mal el menos.

DON NICASIO.

Ya se vé.

BARONESA.

Que el que bien ama,
sabe vencer los escollos
de la ausencia y la distancia.
¡Si vieras qué tristemente
las largas horas pasaba
sin tí!

DON NICASIO.

Solita, sin duda,
y en tu aposento encerrada;
¿no es verdad?

BARONESA.

¡Qué disparate!
Entonces nadie estrañára
mi tristeza; pero, amigo,
lo estraño es, que yo buscaba
en prado, teatro y visitas
distraccion, y no la hallaba.

DON NICASIO.

¡Oh qué amor tan acendrado!

BARONESA.

Tu imágen se presentaba
á cada instante á mi idea,
y.... ¡qué cara tan tostada
traes, Nicasio!

DON NICASIO.

La fatiga....
los calores de la marcha.....

BARONESA.

No me nombres, por la Vírgen,
tu marcha, que esta palabra
me asesina.

DON NICASIO.

Está la pobre *Ap.*
demasiado enamorada;
¿cómo diablos la diré
que....?

BARONESA.

¿Y cuándo te vas?

DON NICASIO.

Mañana.

BARONESA.

¿Temprano?

DON NICASIO.

Sí, muy temprano.

BARONESA.

¿Con que es esta madrugada cuando te vas?

DON NICASIO.

Cabalmente.

BARONESA.

Mas vale asi.

DON NICASIO.

Tú me encantas
con esa conformidad.

BARONESA.

Pues no ves que si se alarga
la despedida, me muero.

DON NICASIO.

Es verdad, no me acordaba.

BARONESA.

¡Pobre de mí! ¿quién diria
cuando contigo bailaba
aquel rigodon tan lindo . . .?

DON NICASIO.

¿Cuándo fue?

BARONESA.

La noche infáusta
de tu despedida.

DON NICASIO.

¿Aquella
de las trece contradanzas
seguidas?

BARONESA.

La misma.

DON NICASIO.

¡Ah! sí,
y qué aburrido que estaba!
en fin, como quien se iba
aquel amanecer á Jaca.

BARONESA.

Pues para estar aburrido,
muy bien pelaste la pava
mientras bailé la gabota
con la insípida abogada.

DON NICASIO.

La hablaba de cierto pleito. . . .

BARONESA.

¿Y á su marido le hablabas
de algun feston?

DON NICASIO.

¡Siempre zelos!

BARONESA.

¡Ay, Nicasio! si tú amáras
como yo te supe amar,
de tus pleitos no cuidáras
tanto; pero nunca, nunca
me quisiste.

DON NICASIO.

A las andadas
volvemos.

BARONESA.

No, que es mentira.

DON NICASIO.

Ya la paciencia me falta.

¿Con que nunca te he querido?
Y mis suspiros, mis ansias,
mis jaquecas ¿por quién fueron?

BARONESA.

Ya.... pero....

DON NICASIO.

¡Muger ingrata!
¿existe acaso algun hombre
que sienta de amor la llama
mejor que yo?

ESCENA XVI.

DOÑA INES Y DICHOS.

DOÑA INES.

¿Pasó ya la convulsion? *Entreabriendo la puerta.*

BARONESA.

Ya se pasa.

DON NICASIO.

¡Qué voz es esta! *Ap.*

DOÑA INES.

Mas ¡ola!
parece que acompañada
estas?

DON NICASIO.

¡Es ella, Dios mio!

BARONESA.

Sí señora, hablando estaba
con el señor don Nicasio. . . .

DOÑA INES.

¡Don Nicasio! ¡Ay, Vírgen santa!
¿Dónde diablos se habrán ido
las malditas antiparras?

DON NICASIO.

¡Por qué escotillon vendria *Ap.*
esta vieja!

DOÑA INES.

¡El es!

BARONESA.

Acaba
de llegar, y. . . .

DON NICASIO.

Vine luego
de mi voluntad en alas
á ver mi dueño adorado,
y por quien vengo de Jaca.

DOÑA INES.

Esto lo dice por mí. *Ap.*

BARONESA.

Nicasio, por Dios, repara *Bajo á*
que está delante mi tia. *D. Nicasio.*

DON NICASIO.

Mi amor no repara en nada, *Bajo á*
porque es mucho. *la Baronesa.*

DOÑA INES.

¿Qué te dice? *A la Baronesa.*

BARONESA.

Nada, tia. Le preguntaba
como ha llegado esta noche,
y no cuando se pensaba?

DON NICASIO.

A lo que yo le respondo,
que mi impaciencia era tanta,
que un triunfo me parecia
cada legua que ganaba;
por eso, y siempre trotando,
pude doblar la jornada,
y. . . .

DOÑA INES.

Pero, ¿á qué tanta prisa?
lo mismo era hoy que mañana.

DON NICASIO.

¡Es mi amante tan hermosa! . . .

. . .

BARONESA.

Nicasio, si usted no calla, me voy.

DOÑA INES.

¿Y por qué te has de ir?

BARONESA.

Si sabe que no me agradan las lisonjas. . . .

DOÑA INES.

¿Quién te dice que es lisonja?

DON NICASIO.

Mis palabras no son, bella Baronesa, lisonjas; ellas declaran muy al contrario. . . .

DOÑA INES.

Ademas, ¿me pongo yo colorada?

BARONESA.

¿Usted, por qué?

DON NICASIO.

Dice bien
esta señora. Una dama
no debe manifestar
alteracion en su cara,
aun cuando delante de ella
se prodiguen alabanzas
á gracias suyas ó agenas.

DOÑA INES.

Y si aquellas que se ensalzan
son las suyas, mucho menos.

DON NICASIO.

Por supuesto.

DOÑA INES.

Pero, vaya,
don Nicasio, ¿cómo supo
usted que yo me encontraba
en casa de mi sobrina?

DON NICASIO.

Yo diré á usted. . . .

BARONESA.

¡Qué bobada!
¿acaso pudo saberlo?

DOÑA INES.

¿Cómo quieres lo ignorára,
cuando. . . ?

DON NICASIO.

Tiene usted razon:
Y en verdad no lo ignoraba,
porque. . . .

BARONESA.

Pues yo no le he dicho
que estaba usted en mi casa.

DON NICASIO.

Tambien es verdad; mas yo
supe por una muchacha,
confidenta en mis amores,

que. . . .

BARONESA.

¡Ah! sí, no me recordaba:
por Fermina.

DOÑA INES.

¿Qué Fermina,
muger, ni qué calabaza?
Todo lo equivocas hoy;
la muchacha de quien habla
Nicasio es. . . .

DON NICASIO.

No disputemos
por el nombre de una criada:
llámese como se llame,
¿qué importa?

BARONESA.

Sí, pero Juana. . . .

DON NICASIO.

El hecho es, que una me dijo
que la tia visitaba
á la sobrina. . . . su coche

tambien á su puerta estaba,
y.... No sé lo que me digo. *Ap.*

ESCENA XVII. *Claro.*

Doña Clara, Don Juan y dichos.

Doña Clara.

Albricias, que ya acabada
traemos aqui la loa.

Don Juan.

Pero si falta limarla....

Don Nicasio.

¡Qué es esto, divinos cielos! *Ap.*
¡Otro demonio!

Doña Ines.

Me agrada
infinito la noticia;
pues ya tenemos en casa
el galan de la comedia.

Doña Clara.

¿Dónde?

DOÑA INES.

Aqui.

DOÑA CLARA.

¡Jesus!

DON NICASIO.

Araña (1)
es; pero no hay que asustarse,
que yo lograré matarla.

DOÑA CLARA.

¿Qué araña, ni. . . . ?

DON NICASIO.

Disimulo, *Ap. á*
por Dios, que usted es la causa *doña Clara.*
de estar yo aqui.

---

(1) *Se dirige hácia el lado en que está doña Clara, le dice al paso los siguientes versos, y sigue como que va á matar la fingida araña.*

DOÑA INES.

¡Ay, qué miedo!
¡Araña!

DON NICASIO.

Muere, malvada,
pues tuviste la imprudencia
de asustar tres bellas damas.

DOÑA INES.

¿Ha muerto ya?

DON NICASIO.

Ya murió.

BARONESA.

O yo tengo cataratas, *Ap.*
ó Nicasio habló en secreto
al paso con doña Clara.
¿Qué será esto?

DOÑA CLARA.

Que me maten *Ap.*
si entiendo esta zalagarda;

pero, en fin, disimulemos,
ya que esto solo me manda.

DON NICASIO.

Muerto el enemigo, que
nuestro reposo turbaba,
descífreme usted, señora, *A doña Ines.*
las misteriosas palabras
que dijo usted al entrar
estos señores.

DOÑA INES.

Hablaba
de una magnífica loa
que don Juan hizo, y se trata
de representar el dia
feliz en que. . . .

DON NICASIO.

Basta, basta,
no necesito saber
mas. ¿Y qué papel me encargan
ustedes?

DOÑA INES.

El de galan,
como que usted. . . .

DON NICASIO.

Muchas gracias
por tanta galantería.
¿Y el argumento del drama
cuál es?

DON JUAN.

El juicio de Páris.

DON NICASIO.

¡Sopla!

BARONESA.

Los zelos me matan, *Ap.*
y es fuerza, pues, apurarlos.

DON NICASIO.

¿Quién de ustedes me acompaña
en su representacion?

DOÑA INES.

Las tres.

DON NICASIO.

Entonces me falta
solo saber quién obtiene
la manzana afortunada.

BARONESA.

Buena ocasion se presenta *Ap.*
para desairar á Clara,
ó desengañarme. (*Alto.*) Amigo,
no tiene ninguna gracia
que á usted se le diga todo;
adivine quién alcanza
de nosotras tres el premio
de la belleza.

DON NICASIO.

Amada
Baronesa, usted me pone
en un compromiso.

BARONESA.

Vaya,
que no es tanto: asi sabremos
vuestro gusto, y. . . .

DON NICASIO.

¡Endemoniada idea! *Ap.*

BARONESA.

¿Digo bien? *A las señoras.*

DOÑA CLARA.

Muy bien.
¡Ah tonta! cómo te clavas! *Ap.*

DOÑA INES.

Perfectamente, sobrina.

DON NICASIO.

Señora, la buena crianza exige. . . . . .

BARONESA.

Que se obedezca.

DON NICASIO.

Pero si. . . .

BARONESA.

Disculpas vanas.
¿Fermina?

FERMINA.

Señora. *Desde adentro.*

BARONESA.

Trae
en un plato una manzana.

DON NICASIO.

¡Es apuro bien terrible!

DOÑA CLARA.

Vuestra inquietud es estraña.
¿Temeis, acaso, los zelos
de las diosas desairadas?

DOÑA INES.

Si ello al fin se ha de saber,
¿á qué es esa repugnancia?

DON NICASIO.

Repugnancia, no por cierto:
mas ya se ve.... vuestras gracias....
mi pudor.... vuestra modestia....
y en fin....

DOÑA INES.

¿Qué es es lo que usted habla?

DON NICASIO.

Digo que es muy divertida,
y muy ligera la chanza.

ESCENA XVIII, Y ULTIMA.

FERMINA Y DICHOS.

FERMINA.

Aquí está un pero de Ronda.

DON NICASIO.

Tiró el diablo de la manta, *Ap.*
y descubierto el enredo,
las tres me pelan y arañan.

BARONESA.

Tome usted, amigo mio,
y entréguelo sin tardanza,
de las tres, á la mas bella.
No tema usted nuestra saña;
que cuando los ojos juzgan,
los demas sentidos callan.

DON NICASIO.

No hay remedio, aqui es preciso *Ap.*
hacer una alejandrada,
y deshacer este nudo;
pues es cosa muy probada
que si el interés lo ordena,
los demas deberes callan.

BARONESA.

Vaya, ¿se decide usted?

DOÑA CLARA.

¡Nicasio!

DOÑA INES.

Si usted se tarda
dos minutos mas, me da

un síncope.

DON JUAN.

¡Qué jarana!

DON NICASIO.

Pues, señor, me decidí. *Ap.* (*Alto.*) Tome usted, mi venerada doña Ines; y aquesta prueba de mi pasion....

BARONESA.

¡En mi casa este desaire!

DOÑA CLARA.

¡Qué veo!

DOÑA INES.

¡Pues qué? ¿acaso te desaira que mi novio me regale un triste pero?

BARONESA.

¿Desbarra

usted? ¡su novio!

DOÑA INES.

Mi novio
justamente, y quien mañana
será ya mi dulce esposo.

BARONESA.

¿Luego es éste. . . ?

DOÑA INES.

El que aguardaba,
y de quien hablé.

DOÑA CLARA.

Y tambien es
el ingrato á quien yo amaba.

BARONESA.

Esta es otra.

DOÑA CLARA.

Sí señora:
y mire usted por qué alhaja
no estoy ya dos meses hace

. . .

cansada de estar casada.

BARONESA.

¿Y era usted, hombre perverso,
el que en Cadiz se embarcaba?

DON NICASIO.

¿Y os parece poco golfo
el del matrimonio?

BARONESA.

¡Mal haya
mi credulidad!

DOÑA CLARA.

Amen.

DOÑA INES.

Pero, sobrina, ¿qué charlas?
¿por qué te incomodas?

BARONESA.

Tia,
sepa usted nos engañaba

á las tres á un mismo tiempo;
sepa usted. . . ,

DOÑA INES.

¡Jesus, qué gracia!

BARONESA.

¿Gracia?

DOÑA INES.

Sí, yo se la encuentro,
y tú tambien la encontráras
si fueras la preferida,
y tu tia la burlada.
Ademas, todos los hombres
son lo mismo; andan á caza
de cuantas aves encuentran,
y su pólvora malgastan,
porque saben que una, al fin,
el gasto de todas paga.

BARONESA.

¡Linda frescura!

DOÑA INES.

¡Ay, sobrina!

Pues la que busque otra casta
de galanes en el dia,
puede en Alcorcon hallarla,
pero no en Madrid.

DON JUAN.

Mi loa
de esta hecha sí que cuaja.

DON NICASIO.

¿Por qué no? La baronesa
con su figura, su labia,
su entendimiento y su mundo
olvidará esta pasada
en cuanto su mismo espejo
le prometa la venganza:
Clara, segun me escribieron
no ha mucho, tiene en Arganda
un lenitivo seguro
de su mal, y á mi adorada
y respetable señora
doña Ines le sobra y basta,
con preferencia tan justa,
como desinteresada.
Asi, pues, amigo mio,
estas damas aplacadas
querrán, sin duda ninguna,
ensayando vuestro drama,
mostrarme su indiferencia,

BARONESA.

Si en esto consiste, nada
puede ser mas agradable
á mis ojos.

DON NICASIO.

Y usted, Clara,
¿qué dice?

DOÑA CLARA.

Que me convengo
luego que escriba una carta
para el pobrecito hidalgo.

DOÑA INES.

Vámonos pues, y en la sala
de comer usted escribe,
mientras que con las criadas
nos disponemos nosotras
para ensayar nuestra farsa.

BARONESA.

Vamos, pues. ¡Ay, don Nicasio!
¡Fuego de Dios en quien ama
algun hombre!

DON NICASIO.

¡Ay, baronesa!
¿Y puede tener confianza
alguno de ser amado?

BARONESA.

Ustedes. . . .

DON NICASIO.

Ustedes. . . .

DON JUAN.

Vaya,
no hay que disputar, señores,
que son iguales las armas,
y solo se engaña el sexo
que al otro piensa que engaña.

DON NICASIO.

Eso es decirnos que somos
tal para cual.

DON JUAN.

Muchas gracias,
amigo, que usted me ahorra
el decírselo en sus barbas.

FIN.

Esta Comedia, y la de *las Costumbres de Antaño*, del mismo autor, se venden en Madrid en las librerías de *Oréa*, frente á san Luis; *Gonzalez*, calle de Atocha, frente á los Gremios; *Viuda de Quiroga*, calle de Carretas, y *Amposta*, calle del Príncipe.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.46
no.38